

CUARTA ENTREGA
• 9 • 9 • 6

REVISTA UNIVERSITARIA

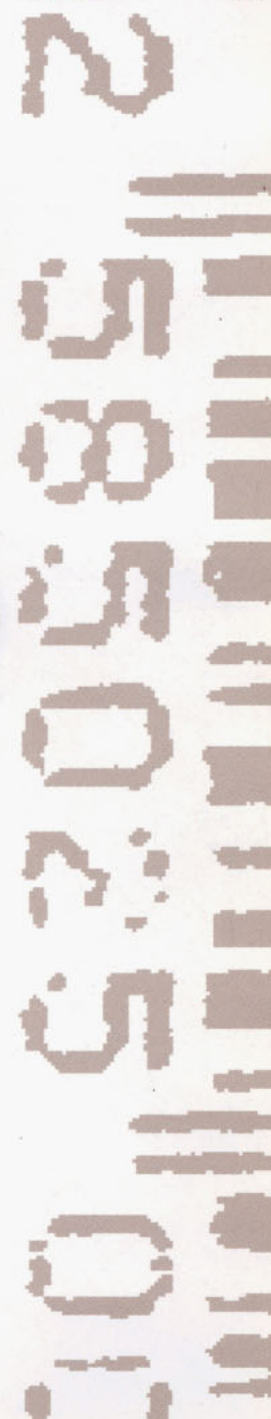
N 54 U M E R O

Dossier

IDENTIDAD HOY:
ser o no ser?

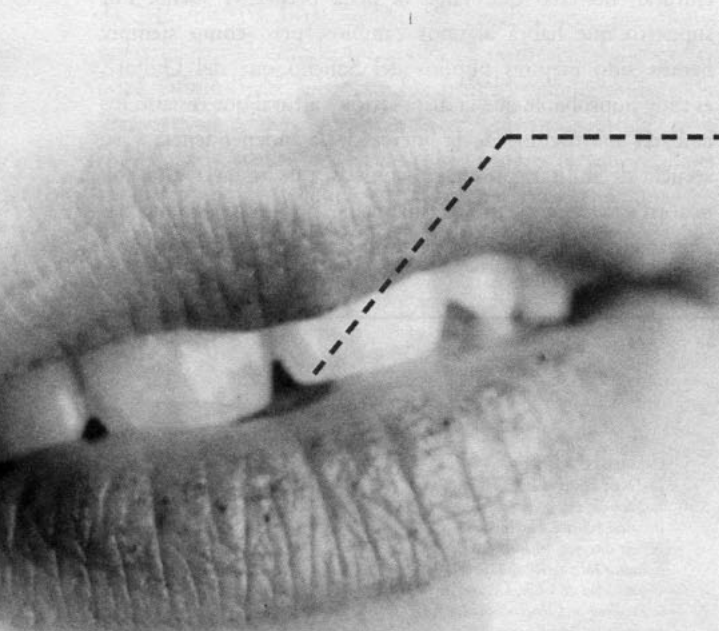


arquitectura de
INA BO BARDI



¿CÓMO HABLAMOS *mal* LOS CHILENOS?

GUILLERMO BLANCO



Habría que partir por ahí:

la pregunta no parece ser si hablamos bien o mal, sino **cómo**. Entrevistas, clases magistrales, artículos de prensa, suelen plantear el asunto en términos de **por qué**. “¿Por qué cree usted que los chilenos hablamos mal nuestro idioma?” Respecto al hecho mismo no se entra en discusión. Que hablamos mal tiene el valor de un axioma. Y la curiosidad -entre acomplejada y morbosa- se refocila en determinar a qué se debe este fenómeno. Primer error.

Segundo, suponer que nuestro “hablar mal” adquiere ciertas modalidades tampoco muy abiertas a debate. Una de ellas es que tenemos un vocabulario extremadamente pobre. Otra, que nos comemos muchas letras al pronunciar las palabras. Y la más reciente, que usamos un lenguaje repleto de garabatos (el país parece haberse visto poblado sorpresivamente por dos etnias, una nueva y una que hasta hace poco se creyó extinguida: *ones* y *onas*). Mucho más atrás -acaso por razones culturales- viene la vieja crítica académica: decimos *desapercibido* cuando tratamos de decir *inadvertido*; o reemplazamos el legítimo *sobre la base de* por un arbitrario *en base a*; y por último, para no caer en el masoquismo enumerando más ejemplos que nada tienen de

ejemplar, incluso instituciones que se supondría culturales invitan “al acto a realizarse” tal o cual día en tal o cual sitio.

Es innegable nuestra gula por las eses finales u otras letras incautas. Las devoramos. Lo de la pobreza de vocabulario quizá exija una distinción: somos más pobres de **habla** que de **lengua**. No es que no sepamos lo que significa una serie de palabras que solemos sustituir por comodines. La *cuestión*, el *aparatito*, el *coso ese*, y por cierto la *huevada* y el *hueveo* pueden adquirir prácticamente cualquier significado según el momento y el contexto. En cuanto a las incorrecciones académicas, es obvio que la ignorancia campea en ellas con mayor libertad que antes. Hay quienes, incluso, no saben cómo se llama lo que hacen. Un ejemplo: seguro o “garaje *automotriz*” (si usamos la lógica, aun prescindiendo de la gramática, *automotriz* es la -nunca *el ni lo-* que se mueve por sí sola; ¿y alguien ha visto un seguro o un garaje moviéndose **por sí solos**?).

¿Cómo abordar el tema, entonces?

Quizá un consejo útil sería perderle el miedo. En seguida, no “dar por hecho” que hablamos tan, tan mal. Ver si es cierto. Ver cómo. Ver por qué. Ver si importa y en qué sentido. Un artículo no basta para responder a todas las preguntas, pero acaso sirva para insinuar algunas vías por las cuales empezar a perseguir respuestas.

La *gramafagia*, esa tendencia “chilena” a engullir letras, no es fenómeno exclusivo nuestro. En castellano en general no se pronuncia la h, y en algunos casos tampoco la u. En catalán (otro de los cuatro idiomas españoles) enmudecen ciertas letras en las terminaciones: *roser* suena *rosé*, y la combinación *ny* da *ñ*. En francés la gramafagia se ha oficializado hasta el extremo: casi no hay *s* ni *t* finales que sobrevivan; *est* sólo suena *e*; y una especie de récord viene a ser *eaux*, donde se escriben tres vocales y una consonante, para pronunciar únicamente una cuarta vocal: *o*.

Quizá los chilenos, como antes los andaluces y a su manera los extremeños, no estemos **pronunciando mal**, sino sólo distinto, y puede convenir desalarmarnos. Basta imaginar el papelón que haría uno de nosotros si pronunciara en serio todas las letras de todas las palabras dentro de un grupo de compatriotas. Siótico sería el diagnóstico más bondadoso.

Ahora, ¿qué idioma pronunciamos mal? El castellano, ¿no es cierto? Pero, ¿qué fue en sus orígenes el castellano? Lo mismo que el francés, el portugués, el italiano, el rumano, el gallego, el

portugués, el catalán: un latín **mal hablado**. Se deformaban las palabras según el **genio** de cada pueblo, y eso iba dando dialectos propios, algunos de los cuales ascendieron a idiomas con todas las de la ley. Tal vez no habría que alarmarse al ver que el castellano cambia. “Seña es que caminamos, Sancho”. Seña es de que está vivo. Las lenguas muertas no cambian (y aun eso es verdad hasta por ahí: un papa tuvo que inventar la versión latina de bomba atómica para una encíclica: *pirobulus atomicus*).

Es un hecho, sin embargo, que en más de algún sentido hablamos mal. Y de varias maneras diferentes. Por ejemplo, ¿por qué nos da por meter vocablos extranjeros que no necesitamos? *Control*, que fue galicismo, hacía falta y estuvo bien incorporarlo. *Radar* sería inglés, pero nombraba un hecho nuevo para el cual no teníamos palabra; muy justo admitirlo. No parece el caso, por ejemplo, de *shock*, que incluso suena casi igual a su equivalente castellano: choque. ¿O el choque es pa los rotos y el *shock* para la gente fina? ¿A nadie le choca decir *shock* teniendo choque a mano?

Una de las formas de hablar mal de los chilenos va por ahí. Por nuestra obsesión mimética. Remedamos compulsivamente. Somos la copia feliz del edén que se nos ponga por delante.

Lo tradicional en la evolución de los idiomas es que operen sobre ella dos influencias. Una es la del hablante culto, el que leía y escribía aun antes de la imprenta y el desarrollo de la alfabetización. Disponía, precisamente, del poder de lo escrito para gravitar en los cambios. Sus expresiones poseían permanencia en los textos. El otro factor es el pueblo, el hablante vulgar. El está mucho más cerca de ese soplo misterioso que se llama genio del idioma. Si toma algo en préstamo, lo remoldea a su pinta. Un ejemplo: el *watchman*, vigilante de las naves, pasó a ser *guachimán* al adoptarlo nuestros trabajadores portuarios, ¡y hay que ver que suena a nuestro!

¿Qué pasó, entonces?

Pasó que hemos sufrido (nunca se aplicó tan bien una palabra) cambios culturales artificiosos. Con la pérdida de importancia relativa de la lectura, el hablante culto influye también relativamente menos en el desenvolvimiento de la lengua. Y en cuanto al pueblo, al depositario del genio del idioma, su influjo se reduce porque los medios de comunicación han aumentado casi monstruosamente otras influencias. Escuchamos más a los *dobladores* de la tele que a nuestros vecinos de barrio. Y los *dobladores* no pertenecen ni al sector de hablantes cultos ni al pueblo.

Sabís la última
gueá, guón?

Son lo que en España bautizaron como el *medio pelo*, el que no es pelo fino ni pelo tosco.

Este tipo de personaje es el que hoy más influye en la evolución del idioma. Carece por igual de cultura suficiente y del agudo, casi mágico instinto de la lengua. Se fascina con palabras que suenan cultas, y que supuestamente lo harán aparecer refinado. Es el que ve un choque de autos en una esquina y habla de "colisión de vehículos en la intersección de dos arterias". El que cuando se corta la luz diagnóstica "una interrupción en el suministro de energía eléctrica". O el que no dirá jamás "en el partido tal hay debate", sino "al interior del partido tal..."

En pocas palabras, el siútico.

El siútico, con su fragilidad de conocimientos y su desgarradora capacidad para deslumbrarse ante lo extranjero, lo nuevo, lo rebuscado, está actuando como un cuerpo extraño en el idioma. Es el típico león sordo. Y un león con toda la fuerza que la televisión presta al animador, periodista, político, empresario. Son los que hacen las declaraciones. Los que viajan por negocios al extranjero y —sabiendo poco inglés y apenas algo más de castellano— toman en préstamo bienes superfluos. Sin culpa: no saben discriminar. Oyen a un yanqui hablar de que el hombre de negocios debe ser *aggressive* (de empuje, en el idioma de ellos) y llegan aquí predicándonos que seamos agresivos (insolentes, provocativos, violentos, ofensivos).

Nos falta que toda esa morralla de segunda mano pase por los coladores, o aduaneros de la lengua, que ponen armonía en la función del uso. Una tercera potencia ha desplazado, sí: agresivamente, a las dos legítimas, que eran el pueblo y el hablante culto. Los petimetres seguirán diciendo *automotriz*, porque a ellos no les suena que el *triz* es femenino, como en *actriz*, *emperatriz*, *mere-triz*, cosa que muy probablemente habría percibido por instinto un iletrado y por cultura un letrado. Para mal nuestro, son los semiletrados los que hoy dominan, y en gran parte porque manejan muchos sectores de los medios de comunicación, o son objeto del interés de esos medios.

Los contrabandistas del lenguaje operan a plena luz del día. Qué: con los reflectores apuntados a ellos. Y vienen y nos salen con idiotismos como llamarles *listados* a las listas (listados son los tigramas, las cebras y algunos pijamas o camisas). O perpetran siuti-

querías como decir que alguien *repcionó* tal cosa cuando la recibió. O no se dan por satisfechos con que el que hace una confidencia confía algo a alguien; según ellos *se lo confidencia*. Contra lo usual en los idiomas, que tienden a simplificar lo complejo, aquí se tira a complicar lo sencillo. En castellano se empezó diciendo *vuestra merced*, se lo abrevió a *vuesarced* y se terminó en *usted*. En mediopelés, sucede lo opuesto. Gracias a lo cual, hacer un gol pasó a *convertir un tanto*, los juegos son *compromisos*, y pasar la pelota se llama *habilitar*. Propuesto para el Libro de los récords, de Guinness: *habilitación de aéreo* es un pase alto.

El medio pelo lingüístico atraviesa por el idioma con la exquisita sensibilidad de un hipopótamo recorriendo una plantación de orquídeas. Y, siendo un país que juega al monito mayor, allá sale el tropel repitiendo las gracias.

Al lado del mediopelismo, las ofensas del garabateo vienen a resultar faltas menores. Hasta cierto punto. Y conviene detenerse un poco en el proceso, porque no es exclusivamente chileno. Quien ve una película en inglés suele escuchar más palabrotas que si circulara entre los peores hampones de Nueva York. Tanto, que los subtítulos disimulan púdicamente algunos de ellos y omiten otros. Pero el habla norteamericana está llena de *fuckers*, *sons of bitches*, *assholes* y *bastards*, más algunos que bordean de frentón el barroquismo, como el casi intraducible *mother-fucking bastard*.

En Chile, los *on*, *ones*, *ona*, *onas*, *adas*, *eos* (precedidos de *huev* o *güev*, según el refinamiento del usuario) se van convirtiendo en signos de puntuación más que en palabras. Lo cual tiene dos efectos, entre otros. El positivo es que *huevón* ya dejó de ser insulto. Hace años, si a uno se lo decían, debía responder virilmente, o con otro impropio o con un buen sopapo. Adoptar hoy esa posición —la del ofendido— implicaría una especie de guerra civil entre nosotros. Y no sólo los varones. La... ¿diremos creatividad? ha llegado a producir el femenino de *huevón*, lo que nos confirma que el término se emplea en sentido figurado o sin sentido alguno. No en el anatómico, desde luego (la idea no es sugerir que tal mujer sufre un *sobredimensionamiento* testicular).

Pero tampoco está el ánimo ya de ofensa. Hemos vaciado de contenido la palabra. Estamos empleando tan sólo su máscara. Por una parte, eso implica que la "limpiamos" de grosería o propósito de injuria. Le quitamos toda fuerza. ¿Y con qué nos quedamos? Con un sonido literalmente *insignificante* que espolvo-

Una colisión de
vehículos en la
intersección de dos
arterias

reamos en nuestras frases no para decir sino sólo para hablar. El efecto es un fraseo repleto de palabras vacías.

“¿Sabís la última güeá, guón? Empezó el güeueo ‘e las pruebas?” podría expresarse con un simple: “Empezaron las pruebas”.

Si algo hace decaer el ánimo cuando se piensa en cómo hablamos mal los chilenos es esta parte: la del vacío mental.

Estamos usando un idioma reblandecido, fofo. Incluso en lo que toca a palabras e ideas trascendentales. Hoy día, como está de moda, cualquiera se llama *demócrata*, aunque siga siendo defensor de algunas dictaduras (de izquierda a derecha: hay para todos los gustos; pasar y llevar). Si salen al mercado dieciséis productos para una misma cosa, cada marca reclamará para sí el ser “la mejor” (y no es preciso demostrar nada, a nadie, en ningún momento; nadie se indignará, tampoco, porque al menos quince de esas tratan de meterle el dedo en la boca). En discursos, periódicos, noticiarios de televisión, nos llenamos de “es por esto que”, de “por su parte el ministro del ramo”, y a la primera provocación las universidades se llaman “casas de estudios superiores”.

Perdemos la entereza de “al pan, pan; y al vino, vino”.

¿Cuestión de gustos? ¡Ojalá! Porque resulta que, nos guste o no, **pensamos con palabras**. Ya lo decía Unamuno. Y si llamamos desastre a un punto menos en el precio del cobre, si el cambio de una coma en la constitución equivale a **desmantelarla**, si un choque grande es automáticamente tragedia, todo eso quiere decir que somos hablantes blandos de una lengua también blanda.

La televisión, que tiene sus lados buenos, regulares y malos, tiene uno muy, muy malo (y no por culpa de **ella**, sino de **ellos**): tiende a convertirlo todo en un espectáculo. Una noticia “sin mono”, generalmente no va. ¿Quién tiene más probabilidades —y ganas— de ser entrevistado: el que quiere decir algo inteligente o el que se dispone a soltar una andanada llamativa? En muchas entrevistas se deja al entrevistado a media frase. El tiempo es oro, salvo para el fútbol o la crónica roja. Siempre hay tiempo en la tele para que cuando el jugador equis tira al arco, el sabio de turno nos informe por audio que “Equis dispara un violento taponazo” que están viendo nuestros ojos, o para que otro investigador le pregunte “¿Cómo se siente, señora?” a una madre a la que acaban de asesinar a su hijo.

La palabra humana, eso que Georges Gusdorff (hablando desde el punto de vista científico) llamó un “don sobrenatural”, la palabra que es lo que nos distingue de otros animales, no podría cotizarse a menos precio en este pequeño mundo en que vivimos. La impuntualidad representa apenas un síntoma. Decimos: “Juntémonos a las seis”. “Ya, a las seis”, y hay que dar gracias si alguno de los promitentes llega a las seis veinticinco o seis y media, con una sonrisa boba y una disculpa que ya ha dejado de ser disculpa, porque también se nos reblandeció: “Hora chilena”. Encima de todo, le echamos la culpa al país.

En buenas cuentas, entre las muchas maneras de “hablar mal” de los chilenos, las peores son aquellas de las cuales no tenemos conciencia lúcida. Las que no consisten en pronunciar distinto de los españoles sino —hay que insistir sobre esto— en no decir nada o casi nada cuando hablamos. Y en tratar de pensar con esa lengua enferma de polilla lo cual es un intento condenado por lo menos en parte al fracaso. Eso es, hasta cierto punto, lo que ha empobrecido el debate público: nos vamos habituando a hablar sin decir, o a hablar entregando una proporción muy baja de contenido respecto a la cantidad de palabras que empleamos.

Hablar poco y decir mucho es mérito de gente sabia. Hablar mucho y decir poco es ejercicio de cabezas huecas.



GUILLERMO BLANCO,
periodista, académico, ensayista,
cuentista y novelista.
De sus numerosas obras
literarias han recibido premios
tanto a nivel nacional como
internacional: *Solo un hombre
y el mar*. *La mano*. *La espera*.
Misa de Réquiem y *Adiós
a Ruibardo*, este último ya un
clásico de la literatura chilena.